

Marceline Loridan-Ivens

en colaboración con Judith Perrignon

Y TÚ NO REGRESASTE

Traducción del francés de
José Manuel Fajardo



Título original: *Et tu n'es pas revenu*

Fotografía de la cubierta: © Family archives / All rights reserved

Copyright © Éditions Grasset & Fasquelle, 2015
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2015

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-711-7
Depósito legal: B-18.405-2015

1ª edición, septiembre de 2015
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

Y TÚ NO
REGRESASTE

A pesar de lo que nos sucedió, yo he sido una persona alegre; tú lo sabes. Alegre a nuestra manera, para vengarme de estar triste riéndome de todos modos. A la gente le gusta eso de mí. Pero estoy cambiando. No se trata de amargura, no estoy amargada. Es como si ya no estuviera aquí. Escucho la radio, las informaciones, sé lo que pasa y con frecuencia me da miedo. Éste ya no es mi lugar. Puede que sea la aceptación de la desaparición o la falta de deseo. Me voy deteniendo.

Y entonces pienso en ti. Vuelvo a ver la nota que me hiciste llegar en aquel lugar, un pedazo de papel borroso y más bien rectangular, desgarrado por uno de los lados. Veo tu letra inclinada hacia la derecha, y cuatro o cinco frases que no recuerdo. Estoy segura de una línea, la primera: «Mi querida niña». También de la última, tu firma: «Shloïme.» Entre las dos, no sé. Busco, pero

no me acuerdo. Busco, pero es como un agujero y no quiero caer en él. Así que me repliego tras otras preguntas. ¿De dónde sacaste aquel papel y aquel lápiz? ¿Qué le prometiste al hombre que trajo tu mensaje? Eso puede parecer hoy algo sin importancia, pero aquella hoja plegada en cuatro, tu letra, los pasos que llevaron al hombre de ti a mí probaban entonces que todavía existíamos. ¿Por qué no logro recordarlas? De ellas sólo me quedan Shloïme y su querida niña. Fueron deportados juntos. Tú a Auschwitz, yo a Birkenau.

Los historiadores los han unido con un simple guión: Auschwitz-Birkenau. Algunos se limitan a decir Auschwitz, el mayor campo de exterminio del Tercer Reich. El tiempo borra lo que nos separaba, lo deforma todo. Auschwitz estaba pegado a una pequeña ciudad, Birkenau estaba en la campiña. Había que salir por la gran puerta, en algún comando de trabajo, para divisar el otro campo. Los hombres de Auschwitz miraban hacia nosotras diciéndose «ahí es donde han desaparecido nuestras mujeres, nuestras hermanas, nuestras hijas, ahí, donde terminaremos en las cámaras de gas». Y yo miraba hacia ti y me preguntaba: «¿Eso es el campo o es la ciudad? ¿Lo han gaseado? ¿Todavía está vivo?» Entre nosotros había terrenos, barracones, torretas de vigilancia,

alambradas, crematorios y, por encima de todo ello, la insoportable incertidumbre sobre lo que le ocurría al otro. Parecían miles de kilómetros. Apenas eran tres, cuentan los libros.

No eran muchos los detenidos que podían circular de uno a otro. Él era electricista, reponía las escasas bombillas de nuestros oscuros barracones. Apareció al anochecer. Tal vez fue un domingo por la tarde. En cualquier caso, yo estaba allí cuando él pasó, oí mi apellido, «¡Rozenberg!». Entró y preguntó por Marcelline. «Soy yo», le respondí. Me tendió el papel mientras decía: «Es una nota de tu padre.»

Sólo disponíamos de unos pocos segundos, nos podían matar por aquella simple comunicación. Y yo no tenía nada para responderte, ni papel, ni lápiz, los objetos habían desaparecido de nuestras vidas, formaban montañas en los hangares donde trabajábamos, porque los objetos pertenecían a los muertos y nosotros éramos esclavos, no teníamos más que una cuchara que llevábamos guardada en una costura, en un bolsillo o sujeta con los tirantes, y, alrededor de la cintura, un pedazo de tela arrancada a nuestra propia ropa o una cuerda encontrada en el suelo, para encajar en ella nuestra escudilla. Así que saqué la moneda de oro que había escamoteado

durante la clasificación de la ropa. La había encontrado dentro de un dobladillo, disimulada como tesoro de pobre, y la había envuelto en un pequeño pedazo de tela; no sabía qué hacer con ella, dónde esconderla, ni cómo cambiarla en el mercado negro del campo. Se la entregué al electricista, quería que te la diera, pero temía que se la quedara. Todo el mundo robaba en el campo, en los barracones se escuchaba siempre gritar «¡Me han robado el pan!», por eso farfullé, en la mezcla de yidis y alemán que había aprendido en el campo, que si pensaba quedársela te diera al menos la mitad de lo que sacara. ¿La recibiste? Nunca lo sabré. Leí de inmediato tu nota, estoy segura de eso. No se la enseñé a nadie, pero dije a quienes me rodeaban: «Mi padre me ha escrito.»

Otras palabras tuyas me obsesionaban entonces. Lo recubrían todo. Las habías pronunciado en Drancy, cuando aún no sabíamos adónde íbamos. Como los demás, repetíamos «Vamos a Pitchipoï»; esa palabra yidis que designa un destino desconocido y suena tan agradable a los oídos de los niños, que la repetían para hablar de los trenes que partían, «Van a Pitchipoï», decían, pronunciando bien para tranquilizarse con aquello que los adultos les habían susurrado. Pero yo ya no era una niña. Era mayor, como suele decir-

se. Había cambiado la decoración de mi cuarto en la mansión, había interrumpido mis sueños, prescindido de mis juguetes, pintado la cruz de Lorena en la pared y colgado encima de mi buró azul celeste los retratos de los generales de la Primera Guerra, Hoche, Foch y Joffre, que el anterior propietario había dejado abandonados en el granero. ¿Recuerdas que la directora de la escuela de Orange te convocó? Había encontrado mi diario íntimo lleno de sombríos rumores y de reproches contra la supervisora general y contra ciertos profesores, pero sobre todo era incendiariamente gaullista. «Van a someter a su hija a un consejo de disciplina, más le valdría sacarla de la escuela», te dijo para protegernos. Te había entregado mi diario. Probablemente tú lo leíste y ahí descubriste que yo estaba enamorada de un muchacho con quien me encontraba en el autobús que nos devolvía a Bollène después de las clases; cada semana le daba mis tiquets de pan y a cambio él me hacía los deberes de mates. No era judío. Dejaste de hablarme durante dos meses. Había llegado el momento de que nos peleáramos, como corresponde entre un padre y su hija de quince años.

Así que, en Drancy, tú sabías bien que no se me escapaba en absoluto el aire grave que teníais

los hombres, reunidos en el patio, ligados por un murmullo, por el mismo presentimiento respecto de los trenes que partían hacia las lejanas regiones del Este de las que habíais huido. Yo te dije: «Trabajaremos en ese lugar y volveremos a encontrarnos el domingo.» Tú me respondiste: «Tú sí volverás porque eres joven, pero yo no regresaré.» Esa profecía la llevo grabada dentro de mí tan violenta y definitivamente como el número de serie 78750 que grabaron sobre mi brazo izquierdo, algunas semanas más tarde.

Muy a mi pesar, tu profecía se convirtió en una temible compañera. En ocasiones me aferraba a ella, adoraba sus primeras palabras cuando, una tras otra, desaparecían mis amigas y también aquellas que no lo eran. Otras veces la rechazaba, detestaba aquel «pero yo no regresaré» que te condenaba, que nos separaba y parecía ofrecer tu vida a cambio de la mía. Yo todavía estaba viva, ¿y tú?

Hubo aquel día en el que nos cruzamos. Mi comando había sido enviado a picar piedra, a remolcar vagonetas y a cavar zanjas a lo largo de la nueva carretera que llevaba al crematorio número 5; marchábamos como siempre en fila de a cinco, de regreso al campo, eran más o menos las seis de la tarde. ¿Sabes que ese momento, que

sólo nos pertenece a nosotros, figura en los recuerdos y en los libros de todos los que sobrevivieron? Porque en los campos de la muerte a escala industrial se disparaba toda clase de fantasías sobre reencuentros, y los cuerpos de todos aquellos que todavía se mantenían en pie se estremecieron cuando nos vimos y salimos de nuestras filas y corrimos el uno hacia el otro. Yo me arrojé a tus brazos, me arrojé con todo mi ser, tu profecía era falsa, estabas vivo. Podían haberte declarado inútil al llegar, tenías poco más de cuarenta años, una mala hernia en la ingle que te obligaba a llevar cinturón y una larga cicatriz en el pulgar, herencia de una herida que te hiciste en la fábrica, pero todavía estabas lo bastante fuerte para ser su esclavo, como yo. Tu papel era el de vivir, no el de morir, ¡me sentía tan feliz de verte! Habíamos recuperado nuestros sentidos, el tacto, el cuerpo querido; aquel instante nos costaría caro, pero interrumpió durante algunos preciosos segundos el implacable guión escrito para todos nosotros. Un SS me golpeó, me trató de puta, porque las mujeres no debían comunicarse con los hombres. «¡Es mi hija!», gritabas tú, sosteniéndome todavía. Shloïme y su querida niña. Los dos estábamos vivos. Tu razonamiento no se sostenía, allí la edad no significaba nada, no exis-

tía ninguna lógica en el campo, sólo contaba la obsesión de ellos por los números, se moría de inmediato o un poco después, no había escapatoria. Yo tuve el tiempo justo de decirte el número de mi barracón: «Estoy en el 27B.»

Me desmayé debido a los golpes, y cuando recobré el sentido ya no estabas allí, pero tenía en mi mano un tomate y una cebolla que me habías pasado con disimulo, seguramente tu almuerzo; los escondí enseguida. ¿Cómo era posible? Un tomate y una cebolla. Aquellas dos hortalizas, escondidas junto a mi cuerpo, restablecían todo, yo era de nuevo la niña y tú el padre, el protector, quien traía la comida, la sombra de aquel empresario que hacía prendas de punto en su fábrica de Nancy, la sombra de aquel hombre un poco loco que compró para nosotros un pequeño palacio en el sur, en Bollène, y un día me llevó allí con aire misterioso, en una carreta tirada por un caballo, tan contento con su sorpresa, y me preguntó: «¿Qué es lo que más deseas en el mundo, Marceline?»

Al día siguiente nuestros comandos se volvieron a cruzar. Pero nosotros no nos atrevimos a movernos. Yo te vi de lejos. Tú estabas ahí, tan cerca de mí, flaco y como flotando dentro de tu traje de rayas, pero aún eras un mago, el hombre

que me hacía abrir los ojos como platos. ¿Dónde conseguiste la cebolla y el tomate que habían hecho las delicias de mi estómago y del de una amiga? Al levantarnos no nos daban más que un agua caliente y oscura, parte de la cual reservaba yo para lavarme un poco, una sopa al mediodía y una ración de pan por la noche, y una vez por semana recibíamos una rodaja gris de falso salchichón o una cucharadita de confitura de remolacha o un pedazo de margarina que daba para dos rebanadas. ¿Dónde conseguiste el papel para escribirme? No teníamos nada para limpiarnos en los retretes. Yo iba rompiendo a pequeños trozos el calzoncillo de hombre manchado que me habían arrojado a la cara al llegar, encantada de ir haciéndolo desaparecer limpiándome las nalgas, porque me daba vergüenza.

No sé cuánto tiempo separa esos dos momentos, esas dos señales, las últimas. Varios meses, me parece. Puede que menos. Tú habías retenido el número de mi barracón, el primero de la hilerá más cercana al crematorio, y me hiciste llegar el mensaje. No lo firmaste como «Papá». Lo hiciste con tu nombre, y en yidis, Shloïme, que se había convertido en «Salomon» en Francia. Estabas de regreso en tu tierra natal, donde no habían esperado a los nazis para perseguir a los ju-

díos, y en aquel universo en el que no éramos más que *Stücke*, piezas, tal como designaban los nazis a los prisioneros en los campos, seguramente tuviste necesidad de afirmar tu identidad, tu condición judaica. Quizá incluso te habías encontrado en el campo con parientes, con los primos de Polonia. Ellos te llamaban así, Shloime. Todavía hoy, cuando escucho decir «papá» me sobresalto, aunque hayan pasado setenta y cinco años, aunque lo diga alguien a quien ni siquiera conozco. Esa palabra salió de mi vida tan pronto que me hace daño; sólo la puedo decir en mi fuero interno, pero de ningún modo articularla. Y sobre todo, no puedo escribirla.

En tu mensaje seguramente me suplicaste que viviera, que aguantara. Ésas son palabras comunes, son las que dicta el instinto, las únicas que les quedan a los hombres sensatos que no entrevén un mañana. Debiste de conjugar los verbos en imperativo. Pero probablemente no creí en lo que me escribías. No tanto como en un tomate y en una cebolla. Las palabras nos habían abandonado. Teníamos hambre. La matanza estaba en marcha. Yo incluso había olvidado el rostro de Mamá. Así que tal vez tu nota trajera demasiado calor de golpe, demasiado amor, que yo engullí conforme leía como una máquina que tiene

hambre y sed. Y luego lo borré. Pensar demasiado en ello era permitir que la ausencia entrara y eso te vuelve vulnerable, despierta los recuerdos, debilita y mata. En la vida, la de verdad, también se olvida, se deja pasar, se selecciona, pero se confía en los sentimientos. En aquel lugar era al revés, lo primero que se perdía eran las referencias de amor y de sensibilidad. Uno se congelaba por dentro para no morir. Tú sabes bien que en aquel lugar el espíritu se encogía, no había futuro más allá de cinco minutos, una perdía la conciencia de sí misma.

Nunca te pedí ayuda. Y cuando pensaba en ti, te veía escoltado por mi hermano pequeño de cuatro años, pero ya no recordaba su nombre, Michel. Él no se despegó de ti durante nuestro arresto, allí donde ibas, él estaba en tus brazos, o a tus pies, su mano en la tuya, como si temiera perderte. Quizá yo proyectaba algo de mí sobre su pequeña silueta. Era otra forma de reclamar. Yo era tu querida niña. Lo era todavía a los quince años. Se es querida niña a todas las edades. Tuve tan poco tiempo para llenarme de ti...

Desde mi barracón veía a los niños que iban camino de la cámara de gas. Me acuerdo de una niñita abrazada a su muñeca. Tenía la mirada perdida. Detrás de ella probablemente había me-

ses de terror y de acoso. Acababan de separarla de sus padres, muy pronto iban a arrancarle la ropa. Se parecía ya a su muñeca inerte. Yo la miraba. Sabía cuánto alboroto y angustia hay en la cabeza de una niña, cuánta determinación en la mano con que aferra su muñeca. Todo eso no estaba tan lejos, algunos años antes también yo iba con una maleta en cuyo interior había un muñeco y una caja pintada con lunares.

Seguramente me dijiste en tu carta que todavía estabas ahí, no muy lejos. Y me aseguraste que el final de la guerra se acercaba, también nuestra liberación. ¿Cuándo la escribiste? ¿En el verano del cuarenta y cuatro? ¿Un poco más tarde? Nosotros sabíamos del desembarco y de las batallas. Las noticias entraban en el campo con los nuevos convoyes. En cada ocasión, una de nosotras intentaba colarse en el Lager A, entre las recién llegadas que aún estaban en cuarentena a la espera del gas o del trabajo forzado. Buscábamos allí rostros familiares. Siempre regresábamos con informaciones. Así fue como nos enteramos de que París había sido liberado y las divisiones del general Leclerc habían desfilado por los Campos Elíseos, y al día siguiente cantamos *La Marsellesa* en voz baja al pasar delante de la orquesta que, por la mañana y por la noche, interpretaba mar-

chas militares y otras piezas clásicas para acompañar la salida y el regreso de los comandos de trabajo. Pero aquello no era más que un episodio, noticias de un mundo al que ya no pertenecíamos. El gas todavía nos amenazaba. Estábamos al límite. No vivíamos más que el presente, los minutos siguientes. Ya nada alimentaba la esperanza. Ésta había muerto.

Llegaron los húngaros. Cientos de miles, entre ocho y diez transportes por día, acuérdate de aquella marea de gente, como si estuvieran vertiendo ciudades enteras en el campo. Todo aumentaba, el número y la cadencia. Los desnudaron y los enviaron a las cámaras de gas; los niños, los bebés y los ancianos primero, como de costumbre. Aquellos a quienes la muerte les llegaría al cabo de unos días estaban estacionados en una parte que acababa de ser construida, el inicio de un nuevo campo, justo al lado de los crematorios; «México», lo llamábamos nosotras. Pasábamos delante cada día al ir a trabajar. Nosotras íbamos a «Canadá», que es como los polacos habían bautizado el lugar donde se clasificaba la ropa porque era el menos duro de los puestos de trabajo, aquel que todas esperábamos que nos asignasen, aquel en el que podías encontrar un pedazo de pan duro en el fondo de un bolsillo

o una moneda de oro en un dobladillo. Los franceses lo habrían llamado «Perú». Extraña cartografía del mundo, miniaturizada en un campo de lengua polaca. México, sin que yo sepa por qué, significaba muerte próxima.

Cuando pasábamos, algunas se acercaban a las alambradas electrificadas, nos susurraban preguntas, ya no tenían a sus hijos, pero querían mantener esperanza. Nosotras les preguntábamos: «¿Le han puesto un número?» «No», decían ellas. Entonces levantábamos los brazos al cielo en signo de desesperación. Nuestro número de serie era nuestra oportunidad, nuestra victoria y nuestra vergüenza. Yo había participado en la construcción de la segunda rampa del crematorio al que habían sido arrojados sus niños. Ahora tenía que ir a clasificar sus ropas.

La muerte escupía tanto ropaje que me habían destinado a Canadá como excedente. Agrupábamos las faldas, la ropa interior, los pantalones, las camisas y los zapatos de quienes habían partido convertidos en humo y cuyo olor a carne quemada planeaba sobre el campo metiéndose en nuestras narices, en nuestros huesos, en nuestros pensamientos, tanto de día como de noche, augurándonos igual suerte. A menudo teníamos entre las manos ropas miserables, zapatos viejos

dentro de maletas de cartón. ¡Y decían que los judíos eran ricos! Las ropas más deterioradas terminaban cubriéndonos, las más lustrosas salían para Alemania. Marchábamos dentro de los harapos de nuestros muertos, con aquella cruz roja que tú también tenías sobre la espalda. Yo llevaba la chaqueta de una muerta, la falda de otra y los zapatos de una tercera. Pero hay que llevar una verdadera vida para que los objetos y la ropa te recuerden a alguien. En aquel lugar, eso era excesivo; la ropa ya no evocaba a nadie, los nazis habían transformado las vestimentas en montañas sobre las que se paseaban en bici, con una fusta en la mano y un perro ladrando delante de ellos.

Y yo soñaba con un vestido de rayas, como el que llevaban las arias. Ese vestido tenía la ventaja de ser de una sola pieza, de cubrir el cuerpo y de no haber pertenecido a nadie fuera del campo; yo había terminado por encontrarle algo, quizá ese sentimiento de adaptación que proporciona el uniforme: te dice dónde estás y quién eres, y que tal vez un día podrás quitártelo.

Y robaba. Un jersey en una ocasión. Una cuchara para una amiga. Luego, la moneda que encontré en el dobladillo sin saber que sería para ti. Corría un gran riesgo si me la encontraban

encima. ¿En quién confiar? La mayor parte de los subjefes deportados eran arios. Ellos me la habrían arrebatado o me habrían denunciado. El antisemitismo era terrible en el campo; los arios nos insultaban sin cesar, los polacos, los ucranianos y sobre todo los criminales alemanes. Y yo sabía que no podría guardarla por mucho tiempo, cada mes nos enviaban a todas a un baño de vapor para evitar las pulgas y el tifus. Nos daban las ropas de otros muertos, que nunca eran de mi talla, siempre demasiado anchas y demasiado largas para mí, desde las primeras, las que me dieron a mi llegada y que nunca olvidaré: una falda que arrastraba por el suelo, una pequeña chaqueta de punto, unos calzoncillos de hombre manchados que apestaban a desinfectante, unos zapatos planos demasiado grandes y otros de tacón, que también me quedaban enormes. Todavía calzo un 33, no he crecido mucho desde la última vez que me viste.

Tu carta me llegó cuando me habían destinado a las patatas, creo. Ya no estábamos en Canadá; algunas habían sido arrestadas por robo y enviadas al gas, a las demás nos castigaron y nos enviaron a las patatas. Íbamos en fila india, descargábamos el contenido de los vagones en un almacén, con la ayuda de *Tragen*, que eran sim-

ples cajas de madera con asas delante y detrás. Había nazis por todos lados para que no robásemos ni una papa. Y allí estaba ella aquel día. La pequeña muchacha. Ella sostenía por delante el *Trage* cargado de patatas, yo lo sostenía por detrás, ella estaba al límite de sus fuerzas, temblaba, no podía avanzar, el SS que iba tras de mí me pegó en la nuca para que fuéramos más rápido, yo no quería, la muchachita apenas conseguía poner un pie delante del otro, le dije que podía ocupar su lugar y dejar que ella sujetara el *Trage* por detrás, el nazi me golpeó más fuerte llamándome «perra judía», me golpeó de nuevo, así que avancé, la caja chocó contra la espalda de la pequeña, cada golpe en mi nuca me obligaba a hacerle daño a ella; al final se cayó, no se levantó y el nazi la remató de un culatazo. He dicho «la pequeña», pero no era ni más joven ni más pequeña que yo, sí más frágil, más flaca, una niña en mi recuerdo, creo que era griega y que yo la maté.

A continuación fuimos destinadas a las zanjas. Cavábamos a golpe de pico. Durante mucho tiempo he dicho que las zanjas estaban cerca de las cocinas, durante cincuenta años me he parapetado tras esa mentira que contaba a los otros y a mí misma. Fue mi amiga Frida quien me hizo

colocar los recuerdos en su lugar. «Estaban cerca de las cocinas», le decía yo. «Que no, estás inventando, estaban muy cerca de las cámaras de gas.» Ella tenía razón. Los crematorios funcionaban al máximo, tan llenos que por sus chimeneas salían llamas, no humo, llamas demasiado visibles que proporcionaban indicios a los aviones aliados, los cuales habían comenzado a bombardear las fábricas de armas más cercanas. De modo que ellos cambiaron de método. Los cuerpos de los gaseados acababan en las zanjas que yo cavaba, cubiertos de gasolina y reducidos a cenizas por una serpiente de fuego, llamas a ras de tierra, invisibles para el enemigo.

Tras los húngaros, llegó el gueto de Lodz. Los vi subir la rampa hacia la cámara de gas. Pensé que probablemente entre ellos estarían mis tíos, mis primos, viejos parientes que no conocía. Tú eras de Lodz. Y continué. Golpeaba el suelo sin mirar a mi alrededor, sin recuerdos, sin porvenir, estaba agotada por la falta de bebida y de comida, cavaba las zanjas donde arderían los cuerpos de cincuenta parientes lejanos de Lodz, yo vivía en presente, en el próximo golpe de pico o en la próxima selección de Mengele, ese demonio del campo que hacía que nos desnudásemos y decidía en qué momento iríamos al gas.

Ni yo ni los otros reaccionamos cuando los Sonderkommandos se sublevaron. Los judíos de la fábrica de armas les habían dado la pólvora, pero el movimiento de resistencia interna, que no era judío, rechazó darles armas y ellos se fueron a hacer saltar el crematorio, a hacer explotar su vergüenza porque cada día eran ellos quienes recogían los cuerpos gaseados y los arrojaban al fuego. Huyeron hacia el bosque cortando las alambradas, nos llamaban, nos imploraban que los acompañáramos; nosotras los mirábamos sin ánimo, incapaces de seguir sus pasos. Las buenas noticias parecía que ya no nos concernían, era demasiado tarde. Fueron capturados y liquidados.

Tu carta también llegó demasiado tarde. Probablemente me hablaba de esperanza y de amor, pero ya no había humanidad en mí: yo había matado a la muchachita, yo cavaba al lado de las cámaras de gas, cada uno de mis gestos negaba y enterraba tus palabras. Yo estaba al servicio de la muerte. Había sido su *Trage*. Y después su pico. Tus palabras me resbalaron, se fueron, incluso habiéndolas leído varias veces. Me hablaban de un mundo que ya no era el mío. Había perdido toda referencia. Era necesario que la memoria se desmigajara, si no, no habría podido vivir.

